

Mirar con los ojos de Jesús

Para la fe, Cristo no es solo aquel en quien creemos, la manifestación máxima del amor de Dios, sino también aquel con quien nos unimos para poder creer. La fe no solo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver (*Lumen fidei* 18).

La fe significa no solo mirar *a Jesús*, sino mirar también *con los ojos de Jesús*. El *como Jesús* supone entrar en su manera de ver la vida, los acontecimientos. Un texto ilustra bien ese «modo de mirar» de Jesús: «Yo te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra...» (Mt 11, 25; Lc 10, 21-22). Jesús ve más allá. Más allá de lo que se ve a primera vista, más allá del dato material y del juicio moral fácil. Esto no significa que la realidad no sea dura, difícil, ni nos obliga a ser ingenuos. Simplemente nos recuerda que la realidad no es opaca, que no se acaba en lo que vemos, sino que existe otra mirada que puede atravesar los acontecimientos, la misión, nuestra propia vida, y elaborar otra lectura de ellos, tal como Dios los ve.

Dos perspectivas imprescindibles: la alegría y la humildad

En el capítulo IV de la exhortación *Gaudete et exsultate*, el papa Francisco ofrece algunas actitudes que reflejan una vida santa y que considera «de particular importancia» ante la situación de nuestro mundo contemporáneo. Las considera «grandes manifestaciones de amor a Dios y al prójimo» (GE 111).

Dichosos vosotros...

La alegría no es un imperativo —las bienaventuranzas no son un mandamiento más— porque el gozo no se puede imponer, sino un anticipo de la alegría eterna que se encuentra cuando uno se aventura por los caminos del evangelio, cuando se anima a ser pobre, limpio de corazón, misericordioso; cuando trabaja por la paz o sufre por ser justo. Cuando se olvida de sí mismo y va respondiendo al don, a la invitación de Jesús y se va pareciendo, aunque sea un poco, a él, intuye lo que será el gozo del encuentro definitivo.

El gozo de servir

Ofrecer esperanza, animar a la gente, contagiar alegría, la alegría del Señor, es el mejor servicio que podemos ofrecer a nuestro mundo. La alegría nos hace *útiles*. Y es evangelio puro. No hay nada más *social* que la alegría. El cura, en expresión de san Pablo, es «servidor de la alegría» de la gente. Y es un servicio sencillo, cotidiano, que está al alcance de todos: a todos, pero quizás especialmente al cura, se le dan mil oportunidades diarias de escuchar, de acompañar, de ofrecer una palabra o desahogar una pena.

El gozo de Jesús no es ingenuo. No aparece solo en situaciones «amables», sino también en momentos complicados, porque «el Padre trabaja siempre». Hay un momento crucial —y tremendamente serio— que Jesús también contempla con la *música de fondo* de la alegría: la Última Cena. El lavatorio termina con una bienaventu-

ranza que con frecuencia nos pasa inadvertida. Después de agacharse a lavarles los pies, de recordarles una vez más que el mayor es el que sirve, Jesús les dice: «si sabéis esto y lo ponéis en práctica, seréis dichosos» (Jn 13, 17). Desde que Jesús se inclina a lavar los pies de sus amigos, *nuestro oficio* es servir, decíamos; pero también *nuestra dicha* es servir.

El relato de la Última Cena en Juan está lleno de pinceladas, de alusiones a la alegría. Aunque es el momento de las despedidas, Jesús les habla de un horizonte más alto, les garantiza que habrá un gozo definitivo, el que él lleva dentro: «Volveremos a vernos y se alegrará vuestro corazón y ya nadie os quitará vuestra alegría». ¡Nadie os quitará vuestra alegría! Una alegría que nadie nos podría arrebatar, ni a ellos y a nosotros. Su propio gozo, completo. Pero, ay, parece que nosotros nos conformamos con menos y nuestra alegría es a veces tan pequeña que nos la roba cualquier inconveniente: un resfriado, un arañazo en el coche, alguien que no nos ha saludado por la calle, un plan que se nos estropea... ya nos amarga el día. O pensamos que depende de nuestro temperamento: hay gente con más salero y otros a los que nunca nos sale un chiste derecho. ¡No, es una promesa de Jesús, *su* alegría! Y la cumplirá con su resurrección, cuando hasta nuestra propia muerte ha sido vencida.

El santo sentido del humor

Digo que me parece muy certera la idea de que la alegría «es una gran manifestación de amor a Dios y al prójimo». Pero el Papa afina y concreta un poco más: no solo la alegría —que al fin y al cabo es un fruto del Espíritu Santo y tiene su *caché* en la vida espiritual— sino ese hermano pequeño que es el sentido del humor es para Francisco una «manifestación de amor a Dios y al prójimo». Podríamos llamarlo ya el santo sentido del humor. Queda claro: «El mal humor no es signo de santidad» (GE 126). No se trata de la alegría consumista, sino de un gozo que supone detalles tan concretos como ser positivos, agradecidos y no demasiado complicados, con un espíritu flexible, no concentrado en las propias necesidades.

La alegría se convierte en un criterio de discernimiento, en indicación de que vamos por el buen camino en las encrucijadas de nuestra vida:

Una de las reglas fundamentales para el discernimiento de espíritus podría ser la siguiente: donde falta la alegría, donde muere el sentido del humor, no está el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesucristo. Y al revés: la alegría es un signo de la gracia. Quien está profundamente sereno, quien ha sufrido sin por ello perder la alegría, ese no está lejos del Dios del Evangelio, del Espíritu de Dios, que es el Espíritu de la alegría eterna (Joseph Ratzinger).

La humildad

Resulta mucho más «actual» hablar de la alegría como expresión de la santidad que de esta otra actitud que Francisco no rehúye y que ha atravesado la historia de la espiritualidad cristiana desde sus fuentes en el Antiguo Testamento: la humildad.

Si la santidad —la vida cristiana— es, ante todo, gracia, la humildad es la rendija que permite que esa gracia «se cuele» y actúe en nosotros. La sencillez nos ayuda a

entender las cosas de Dios. La humildad nos hace sintonizar con el mismo corazón de Jesús. La humildad con los iguales, con los compañeros, con la gente a la que somos enviados, significa conocernos y aceptarnos como somos, saber el humus, la tierra donde venimos. Y es una clave imprescindible para las buenas relaciones: la sencillez, el no situarnos por encima de los demás, abre las puertas que la dureza y la soberbia bloquea.

La humildad ante los demás y, sobre todo, la humildad ante Dios. La humildad significa reconocernos como somos ante Dios: repetimos con frecuencia la frase de santa Teresa de que la humildad es «andar en verdad». Por supuesto, eso incluye reconocer nuestros talentos, nuestras capacidades —siempre para ponerlas, como con un delantal, al servicio de los demás—. Talentos y capacidades, que todos los tenemos. La humildad no significa no hacer frente a nuestras responsabilidades; si no, nadie que tuviera misión en la Iglesia podría ser humilde...

Pero, sobre todo, la humildad significa reconocer nuestra verdad ante Dios, es decir, sabernos pequeños ante Dios. Que es nuestra auténtica verdad. Pequeños, necesitados y precisamente por eso, tan queridos, que Dios ofrece su gracia a manos llenas. El que no es humilde, el que ha olvidado ese humus del que viene, no se sentirá necesitado y por eso se perderá lo mejor, el regalo de la gracia que nos viene no por nuestros méritos, sino por pura generosidad de Dios. «Todo se convierte en un problema cuando no hay humildad; y todos los problemas —y digo todos— se resuelven con la ayuda de esta virtud» (G. Forlai).

Una vuelta de tuerca...

Pero el Papa da una vuelta de tuerca firme y, quizás, inesperada: «La humildad solamente puede arraigarse en el corazón a través de las humillaciones. Sin ellas no hay humildad ni santidad» (GE 118). Si la humildad tiene cierto encanto, las humillaciones chirrían. La humildad todavía nos suena bien. Pero eso de las humillaciones nos rebela por dentro. No estamos normalmente por humillarnos. Significa que no saltés a la primera y te calles cuando hablen mal de ti: nosotros inmediatamente tenemos que elevar la voz para limpiar nuestra imagen mancillada. Significa aceptar un puesto o una tarea menos brillante de la que te correspondería sin quejarte: nosotros solemos hacer valer pronto nuestros derechos cuando nos pasan por delante...

Se trata, decíamos, de un don del Espíritu y, como tal, hay que pedirlo, simplemente... porque nos hace parecidos a Jesús. En la más genuina tradición espiritual e ignaciana, el Papa recuerda que «la humillación te lleva a asemejarte a Jesús» (GE 118). En el fondo, solo la mirada agradecida nos ayuda a entender la cruz, la del mundo y la propia, como lugar teológico, como espacio donde, en el mismo fracaso, se manifiesta la historia de la salvación. Es verdad que los tiempos no son fáciles, pero, de entrada, las cosas dependen mucho de cómo sepamos afrontarlas. «Hay una manera estéril de situarse —decía D. Antonio Dorado—: las actitudes negativas de resentimiento, victimismo, pasividad o evasión... Es cuestión de fe y esperanza, dos virtudes teologales que tenemos muy olvidadas por falta de entrenamiento».